

«S SOTS FERÉSTEC»: UNA NECESARIA REIVINDICACION

temente, en el trabajo de valoración de valores, influencias, grupos, tendencias de nuestra historia literaria descubre, con sorpresa, el derribo de muchos autores, muchas obras, que, por nuestra tradición crítica han sido recompensados, sin embargo, no han sido recompensados, sin embargo, no han sido recompensados. La lectura de una obra y el índice de actualidad, para el lector de hoy, nos muestran una tradición académica que no ha reconocido a este sería el trabajo de nuestra crítica académica. Nuestra tradición académica existe y nuestra historia literaria más testimonial que orfelo urge una reconstruc-

ción histórica sistemática y una valoración rigurosa de nuestra historia literaria moderna.

La novela *Els sots feréstecs* (1901), de Raimon Casellas, es una de las mayores víctimas propiciatorias de este confusionismo. Hay quien la ha calificado de deformación grotesca del naturalismo y quien, como López-Picó, la ha llamado «primera paraula de civilitat». Molas puso las cosas en su punto al darla como inicio de la novela modernista adscrita al llamado «naturalismo rural», porque, en efecto, la novela está tan lejos del naturalismo como del noucentisme. *Els sots feréstecs* es una radiografía pesimista, y no por eso menos apasionada, del programa del redentorismo artístico-cultural-

político con que el modernismo pretendía transformar, desde sus raíces, la sociedad catalana moderna.

Explica la novela la lucha de un cura. Mn. Llätzer, para convertir a un vago ideal regenerador al pueblo de Montmany, donde se halla desterrado. Contra los elementos determinantes de la naturaleza, contra la tradición y la masificación de la sociedad, el cura opone su voluntad y su amor. Pero fracasa y debe acudir al miedo, al mundo mítico superior que representa en su alta misión redentora. Porque es el superhombre, el héroe, el sacerdote del ideal. Frente a él, la masa, movida por sus instintos primarios, halla en una prostituta la individualidad que los agrupe y defienda. Y así, frente al voluntarismo regenerador, representación del bien, se alza el inmovilismo, la bestialidad del mal, que se impone definitivamente cuando el cura, consciente e inerte, observa su propio entierro y recibe el sarcasmo final: los feligreses, para quienes entregó la vida, le abandonan «darrera la farum de carn que feia la bagassa, com afanyosos de perpetuar, pels sots ombrívols, la passa de luxúria i de dolor».

La novela había ido formándose de un primitivo proyecto de narraciones entre 1899 y 1901, cuando Casellas acababa de tomar una opción política. Aquel hombre lanzado al cultivo del Arte como crítico, historiador, escritor y periodista; aquel hombre que en 1894 se auto-definía como «un idealista, quasi un mistic, un illuminat, gairebé un ocultista i nigromàntic caldeu», se había puesto bajo la batuta de Prat de la Riba. El orden, el trabajo y la política en todos sus aspectos, vencían sobre las vaguedades estético-regeneradoras del grupo neidealista del modernismo. Con siete años de ventaja, Casellas tomaba una actitud que sería la básica del noucentisme: la subordinación del programa artístico-cultural a una planificación global del catalanismo. Era un intento de abrir un camino coherente

después de unos años de incertidumbre. El grupo redentorista estaba desmantelado: Brossa y Corominas estaban en el exilio (éste después de ser condenado a muerte) y «Catalonia» había dejado de publicarse. La euforia y la actividad febril de los neidealistas había desaparecido. Soler y Miquel se había suicidado. El mismo Casellas llevaba ya tiempo haciendo intentos fracasados de integración. Sin que tuviera que renunciar a sus presupuestos modernistas halló la solución cuando Prat de la Riba lo llamó para dirigir técnica y literariamente, como redactor-jefe, «La Veu de Catalunya».

En los años de incertidumbre, entre la etapa de combatividad y la de *establishment*, surgió *Els sots feréstecs*, novela representativa del momento por su pesimismo en la concepción de las relaciones entre el artista y la sociedad, entre el ideal y la realidad. Con ella, Casellas inicia una de las más positivas etapas de la novela catalana moderna: la que va de 1901 a 1911. En efecto, varias de sus innovaciones se convertirán en típicas y las hallaremos, en mayor o menor grado, en Víctor Català, Prudenci Bertrana, Pous i Pagés, el primer Folch y Torres, etc. Son: la visión trágica y pesimista del mundo rural, la problemática de los personajes marginados, la descomposición de la estructura unitaria de la novela del XIX mediante la inserción de poemas en prosa y de narraciones secundarias autónomas, el estilo plástico y conciso llamado «estil masclé» y el uso continuo de imágenes pictóricas en la descripción. Sin duda alguna, quien potenció esta corriente fue Víctor Català, pero no hay que olvidar que entre *Els sots feréstecs* y *Solitud* (1905) existen muchos y claros paralelismos. Casellas fue, sin duda, injustamente despreciado junto con su época, pero no por ello sus huellas han dejado de distinguirse

Jordi CASTELLANOS